

**EL INDIVIDUO
COMO TÍTERE DE
LA HISTORIA**

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE

Presentación de “EL INDIVIDUO COMO TÍTERE DE LA HISTORIA”

El texto de nuestra corriente, la Izquierda Comunista de Italia, trata la cuestión del papel o la función del individuo en la historia para la concepción teórica marxista. Al igual que le negamos algún papel especial a los pueblos, como negamos la existencia de pueblos elegidos, sean arios o judíos, también negamos que los llamados grandes hombres, u hombres elegidos por el destino, estén por encima de la realidad económico-social del momento histórico, o que puedan manejar a su antojo dicho momento histórico.

Para nosotros, los marxistas integrales, lo que en el fondo, lo que en última instancia determina no son ni los pueblos ni los hombres elegidos democráticamente o autoelegidos, sino: «**la producción y reproducción de la vida física o material**».

Como de costumbre, los que no han entendido nada del marxismo son los que se dan el aire de haberlo entendido TODO, pretendiendo estar en condiciones de eructar y escupir sentencias. Son los TONTOS llamados por el DESTINO, o los MOSQUITOS que imitan a las águilas. Les resulta muy aburrido COPIAR, pero cuando COPIAN sacan las citas de contexto y las falsifican.

La revolución burguesa necesitó un símbolo y un nombre, aunque haya sido hecha por fuerzas anónimas y relaciones materiales, por eso la recordamos como romántica. En la sociedad burguesa no merece ser llamada vida la estéril y patológica SOLEDAD DEL YO, base ideológica y comportamiento práctico de la competencia, de la guerra de todos contra todos, en la que se sustenta esta sociedad como reflejo del dominio del modo de producción mercantil-capitalista.

Los llamados grandes hombres son el producto de la accidentalidad con la que se han manifestado los grandes movimientos sociales del pasado (cristianismo y populismo) por la ausencia de una voluntad general y de un plan general. Pero el hecho nuevo es que a nosotros no nos son indispensables, como a las revoluciones precedentes, ni siquiera con la tarea de símbolos, hombres determinados, con una determinada individualidad y nombre. En su lugar colocamos la *comunidad de clase* con sus complejos de disposiciones teóricas, programáticas, tácticas y organizativas, junto a la capacidad para captar y exponer la teoría común. Ya que los nombres con gancho han arrastrado hacia adelante por diez, y después arruinan por mil. Por consiguiente, frenamos ésta tendencia y, en la práctica, la suprimimos, no por cierto a los hombres, sino al Hombre con aquél Nombre dado y aquél dado curriculum vitae.

Ya que el culto al dirigente, al Hombre, al Nombre, es un estupefaciente social, la cocaína social del proletariado, y sabiendo que no podemos renunciar a remover a los hombre y a vencer a través de los hombres, debemos anteponerles siempre los PRINCIPIOS, defendiendo los PRINCIPIOS por encima de los Hombres y de los Nombres.

EL INDIVIDUO COMO TÍTERE DE LA HISTORIA (1)

(De *Il Programma Comunista*, nº 7–1953)

En una carta de Engels, tomada recientemente, a propósito de la valoración marxista de la revolución rusa, reproducíamos la frase: «**la época de los pueblos elegidos ha terminado**». Es poco probable que lleguen desde muchas partes a romper lanzas por la tesis opuesta, tras la desdicha que ha conducido al nazismo alemán; y también tras la suerte que han corrido los judíos que expían condena por la mala enfermedad de la increíble obstinación racista plurimilenaria: torturados primero por la aria manía de Hitler, luego por las intrigas imperiales británicas, hoy por el inexorable aparato soviético –mañana, muy probablemente, por la cosmopolita y tolerante en habladorías, política estadounidense, que se fabricó buenos dientes sobre la carne negra.

Mucho más difícil será establecer que ha pasado la época de los individuos elegidos, de los «**hombres del destino**» –como Shaw llamó a Napoleón, sobre todo para joderlo exhibiéndolo en pijama–, en una palabra, de los grandes hombres, de los caudillos y dirigentes históricos, de los Guías supremos de la humanidad.

En efecto, desde todas las bandas, y al son de todos los credos, católicos o masones, fascistas o demócratas, liberales o socialistoides, parece que –en una medida mucho más extendida que en el pasado– no puede dejar de exaltarse y de postrarse con admiración pegajosa ante el nombre de cualquier personaje, atribuyéndole a pies juntillas el mérito entero del éxito de la «**causa**», de la que se trate.

Todos concuerdan en atribuir influencias determinantes, sobre los eventos que ya pasaron y sobre los que se actúa, a las cualidades personales de los dirigentes que se aferraron a la cima: disputan hasta la saciedad de si se debe hacer escoger electiva o democráticamente, por imposición de partido o directamente por el golpe de mano individual del sujeto, pero concuerdan en hacer depender todo del éxito de esta contienda, tanto en el campo amigo como en el enemigo.

Ahora bien, si este criterio general fuese verdad, y nosotros no tuviésemos la fuerza para negarlo y minarlo, deberíamos confesar que la doctrina marxista ha caído en la peor bancarrota. Y por el contrario, como de costumbre, fortificamos dos posiciones: el marxismo clásico ya había jubilado sin reservas a los grandes hombres –el balance de la obra de los grandes hombres puestos en circulación recientemente o quitados de en medio, confirma la teoría de que son Osos hormigueros.

AYER

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Son interesantes al respecto las respuestas de Federico Engels a las cuestiones que le fueron planteadas sobre ese tema. En la carta del 25 de enero de 1894 habla de los grandes hombres en el segundo párrafo de la segunda pregunta: pero están bien planteadas ambas. Helas aquí.

1) Hasta qué punto las condiciones económicas influyan causalmente (atención a no leer casualmente). 2) Cuál pueda ser la parte representada por el momento (si tuviésemos el texto se podría traducir mejor por el *factor*) a) de la raza; b) de la individualidad, en la concepción materialista de la historia de Marx y Engels.

Pero interesa igualmente la pregunta a la que respondía la carta precedente del 21 de septiembre de 1890: Cómo ha sido entendido por Marx y el mismo Engels, el principio fundamental del materialismo histórico; o sea, si según ellos, la producción y la reproducción de la vida real son ellas *solas* el momento determinante, o solamente la base fundamental de todas las otras condiciones.

La conexión entre los dos puntos: función de la *gran* individualidad en la historia; y ligazón exacta entre condiciones económicas y actividad humana, está explicada claramente por Engels en las respuestas, que modestamente, en privado, él considera sin importancia, y no redactadas con «**aquella claridad**» a la que él tendía al escribir para el público. Y efectivamente, él se reclama a las descripciones generales de la concepción marxista histórica que ha dado en el *Anti-Dühring* (Parte I, cap. 9 a 11, Parte II, cap. 2 a 4; Parte III, cap. 1) y sobre todo en el cristalino ensayo sobre Feuerbach, de 1888. Y en cuanto a un ejemplo luminoso de la aplicación específica del método, manda al *18 Brumario* de *Luis Bonaparte* de Marx, que describe con temple ardiente aquél que puede ser tomado como prototipo de la «**burla**» –término que enseguida vamos a explicar.

CONTINUIDAD DE VIDA

A costa de una digresión, que es también una anticipación de un Hilo del Tiempo, cuya quilla maestra está desde hace algún tiempo en las rampas del astillero, queremos darle un bello bravo al desconocido estudiante que lanzó la pregunta de la primera carta. Como de costumbre, aquellos que no han entendido nada son los que se dan el aire de haber adquirido y digerido, con la pretensión

de estar en condiciones de eructar fuera, y escupir sentencias. Por el contrario, los más simples y seriamente anclados, siempre están convencidos de que deben entender mejor, cuando ya tienen toques de maestros. El joven y por fortuna no honorable interrogante adopta, en efecto, en lugar de la expresión normal «**condiciones económicas**» la exacta y muy equivalente a la primera: «**producción y reproducción de la vida física**». Como alumnos de la clase sucesiva, cambiamos *real* en *física*. El adjetivo *real* no tiene el mismo peso en las lenguas germánicas y latinas.

Otra vez apuntamos a pasajes de los maestros en los que se flanquean *producción* y *reproducción*, citando a Engels donde define la reproducción, o sea, la esfera sexual y generativa de la vida, como la «**producción de los productores**».

Sería inútil trazar una ciencia económica, incluso metafísica, o sea, con leyes inmutables, y tanto más si fuese dialéctica, o sea, dirigida a trazar la teoría de una sucesión de fases y de ciclos, si examinásemos un grupo, una sociedad de productores, dedicados sí a actos laborales y económicos tendentes a satisfacer sus necesidades conservando su existencia y su fuerza productiva hasta el límite del tiempo fisiológico, pero que hubiesen sido operados (pongamos por un jefe racista) de modo que no pudiesen reproducirse y tener sucesores biológicos.

Una condición tal mutaría (y lo admitirá el seguidor de cualquier escuela económica), desde la raíz todas las relaciones de producción y distribución de esta misma y algo hipotética comunidad.

Esto vale para recordar que no menos importancia que la producción, que prepara alimentos (y otras cosas) aptos para *conservar* la vida física del trabajador, tiene la reproducción (estableciendo la trama de las relaciones económicas) biológica que prepara –con dedicación relevante de consumos y de esfuerzos productivos– a los futuros sustitutos del trabajador mismo.

Como veremos en su momento con Engels y Marx y contra Feuerbach, el hombre no es todo *amor* ni todo *lucha*. De cualquier modo la visión integral del doble pedestal económico de la sociedad equivale a esto: el materialismo ya es victorioso desde que trata el campo de la *producción*: nadie contesta allí que predomine el criterio de la suma material de resultados; y sobre esto es fácil fundar la teoría de la actividad de lucha pasando de las contiendas moleculares del pretendido «**homo economicus**», que tiene en el lugar del corazón no el ventrículo, sino una oficina de gestores, para la contienda de las clases, en la cual se resume, con la economía, al resto de las formas humanas de actividad. Pero es en el campo de la genética y de la sexualidad, en el que les parece más arduo a los principiantes la desaparición de los motivos trascendentes y místicos, y traducir la atracción entre el macho y la hembra –precisamente elevándola por encima de las porquerías de la civilización moderna–

en términos de causalidad económica, en los que es necesario fundar los más robustos pilares de la doctrina revolucionaria del socialismo.

Para que el individuo (pequeño o grande a tenor del sentido común banal) tienda a aprovecharse económicamente y conciba eróticamente, es un problema planteado en modo miserable y vacío. Nosotros transportamos la dinámica del proceso al curso de la especie, y flanqueamos el esfuerzo para mantenerles vivos y válidos los elementos activos, con el proceder de su multiplicación y continuación, ciclos ambos mucho más grandes que aquellos en los que enreda el tumor idiota de la muerte, y la ciega creencia en la eternidad del sujeto individuo. Son estos productos y connotaciones decisivas de las sociedades infectadas por clases dominantes y explotadoras, parásitas en el trabajo y en el amor.

La maldición del sudor y del dolor, ideología que define a la sociedad con dominación de clase, o sea, fundadas en monopolios del ocio y del placer, la hará desaparecer el socialismo.

NATURALEZA Y PENSAMIENTO

La reducción del problema (puesto aquí directamente en el punto de mira), o sea, del problema de las personalidades históricas, al problema general de la concepción materialista, aparece inmediata. Admitir por un solo momento que el origen, el desarrollo y el futuro de una sociedad o incluso de la humanidad dependan en modo decisivo de la presencia, de la aparición, o del comportamiento de un solo hombre. Ya no os será posible considerar y sostener que el origen antes de toda la vicisitud social esté en los caracteres de condiciones y situaciones económicas *análogas* dadas para grandes masas de los «**otros**» individuos, los normales, los «**pequeños**».

Si efectivamente aquél largo y difícil camino, que jamás asumiríamos reducir a una simple automatidad, desde el paralelismo de las posiciones en el trabajo y en el consumo, en la gran vicisitud final de las revoluciones sociales, del pasaje del poder de clase a clase, de la ruptura de las formas que determinaban aquél paralelismo de relaciones productivas, *debiese pasar por la cabeza* (crítica, conciencia, voluntad y acción) de un solo hombre, y esto en el sentido de que éste individuo sea un elemento *necesario*, o sea, que en su ausencia no se mueva nada de todo aquél movimiento, entonces no podrá negarse que en un cierto momento toda la historia esté «**en el pensamiento**» y dependa de un acto de dicho individuo. Aquí hay una contradicción insuperable, ya que admitiendo esto, será necesaria la fuerza para sucumbir ante la visión opuesta a la nuestra, que dice que en la historia no existe *causalidad*, no hay leyes, sino que todo es «**accidentalidad**» imprevisible, todo es casualidad, que sí se puede estudiar, pero

después, nunca antes del acontecimiento. Si se hiciese, ni más ni menos que así, iríamos de cabeza a la horca.

¿Cómo negar que sea una accidentalidad el nacimiento de aquél coloso, cómo evitar el reducir todo el campo de la *reproducción* a un paso en falso... de aquél espermatozoide?

Hemos luchado duramente contra la concepción más racional y moderna de los «**grandes humanistas**», precisamente de la burguesía iluminista, que quería hacer pasar preventivamente el hecho histórico no para uno, sino para *todos los cerebros*; anteponiendo a la lucha revolucionaria la educación y la conciencia general. Pero de ésta concepción, incompleta y semilateral, es aún más insuficiente aquella que concentra todo en la bóveda craneal individual, a la que no se sabe por lo demás como se proveería si no es con el abrazo, tantas veces recordado en la tradición, entre un ser divino y uno humano.

Hemos hecho añicos la teoría, aún más necia que la de la conciencia popular universal, que se basa mas o menos en la *mitad más uno* de los cerebros para pilotar la historia, porque desde el punto de vista marxista daba pena y piedad: ¿Dejaremos vivir la teoría del cerebro único? ¿Por qué no entonces la del reproductor único, del eslabón humano, evidentemente menos enmarañado?

Volvemos a la cuestión: ¿Qué fue anterior, la naturaleza o el pensamiento? ¿La historia de la especie humana es un aspecto de la naturaleza real, o una «**partenogénesis**» del pensamiento?

El breve escrito de Engels sobre Feuerbarch, y mejor contra una apología de Starke (que él como de costumbre llama: sólo un esbozo general, cuanto más algunas ilustraciones de la concepción materialista de la historia) compendia una síntesis de la historia de la filosofía, por un lado, y de la historia de las luchas de clase por otro, magnífica por brevedad y por vastedad.

¡LAS CARTAS SOBRE LA MESA!

Habría bastante para una amplia exposición (las sesiones interminables computan ya como días) de un par de medias jornadas, con un adecuado comentario. Limitándonos a revelar las solas connotaciones para probar la identidad.

Históricamente, recuerda el autor, del idealista Hegel, cuya filosofía había podido ser tomada como base de la derecha conservadora y reaccionaria alemana, se derivó el materialista Feuerbarch, y bajo la influencia del materialismo y de la revolución francesa, potentes precursores. De Feuerbarch se derivan en cierto sentido las ulteriores y muy distintas concepciones de Marx y de Engels, tras una oleada de admiración en torno a 1840 y la salida de la «**Esencia del cristianismo**», y tras una crítica no menos radical

de la que Feuerbach había aplicado a Hegel, compendiada en las famosas tesis de Marx de 1845, durante más de 40 años fueron ignoradas, que concluyen con la undécima: hasta ahora los filósofos no han hecho más que interpretar de distintos modos el mundo: ahora se trata de cambiarlo.

Hegel había llevado al primer plano la actividad humana, pero en la premisa no había podido llevar a cabo un desarrollo revolucionario en el campo histórico, por lo absoluto de su idealismo. La sociedad futura con su diseño y modelo ya estaría contenida *ab eterno* en la idea absoluta: hecho por la mente de un filósofo este descubrimiento y este desarrollo, con normas propias del pensamiento puro, transmitidos tales resultados al sistema del derecho y al organismo del Estado, la realización integral de la idea se había cumplido ¿En qué es esto inaceptable para nosotros? En dos posiciones, que son las dos caras dialécticas de la misma. Rechazamos la posibilidad de un punto de llegada, de un ataque definitivo e insuperable. Rechazamos la posibilidad de que estuviesen ya dadas las propiedades y las leyes del pensamiento, antes de que el ciclo de la naturaleza y de la especie se abriese.

¡Pero citemos pues! **«A la par de la conciencia, la historia no puede encontrar una conclusión final en un estado perfecto del género humano: una sociedad perfecta, un Estado perfecto son cosas que sólo pueden subsistir en la fantasía; por el contrario todos los Estados históricos que se subsiguen sólo son fases transitorias en el camino infinito de la sociedad humana».**

Hegel ha superado a todos los filósofos precedentes poniendo delante la dinámica de los contrastes de los que se compone el largo camino hasta hoy. Desgraciadamente, como todos los otros filósofos, y como todos los posibles filósofos, este rebullir viviente de contrastes lo encapsuló y congeló en su «**sistema**». **«Aún siendo eliminados todos los contrastes, una vez por todas, hemos llegado a la llamada verdad absoluta; la historia universal está en su final, y sin embargo, debe continuar, aunque no le quede nada más que hacer: un nuevo e insuperable contraste».**

En este pasaje Engels deja caer la vieja objeción, y planteada nuevamente por Croce poco antes de la muerte (ver la confutación en Prometeo nº 4 de la II serie) de que precisamente el materialismo marxista *haga acabar la historia*, por haber dicho que la lucha entre proletariado y burguesía será la última de las luchas de clase. En su antropomorfismo insuperable, todo idealista cambia (o confunde) el fin de la lucha entre clases económicas con el fin de todo contraste y de todo desarrollo en el mundo, en la naturaleza y en la historia, cerrado en los límites que para él son luces y para nosotros tinieblas, no puede ver, con una bóveda craneal, que el comunismo será a su vez una intensa e imprevisible lucha de la especie por la *vida*, que

todavía nadie ha alcanzado, dado que no merece ser llamada vida la estéril y patológica soledad del YO, al igual que el tesoro del avaro no es riqueza, ni siquiera personal.

EL ESPÍRITU Y EL SER

Llega Feuerbarch y elimina la antítesis. La naturaleza ya no es extrinsecación de la Idea (lector: mantén rígido el Hilo, que no está roto, vamos hacia la tesis de que la historia no es la extrinsecación de la Burla), no es verdad que el pensamiento es el origen y la naturaleza su derivado. El materialismo viene, entre el entusiasmo de los jóvenes, y también del joven Marx, *repuesto en el trono*. **«La naturaleza existe independientemente de toda filosofía, ella es la base sobre la cual nosotros hombres, sus productos, hemos crecido; fuera de la naturaleza y de los hombres nada existe: los seres superiores que creó la fantasía religiosa sólo son el reflejo fantástico de nuestra propia esencia»**. Y Engels, hasta aquí, aplaude también como viejo y sólo se detiene para escarnecer la contraposición que, para la actividad práctica, el autor erige en el lugar del imperativo moral de Kant: *el amor*. No se trata aquí del hecho sexual, sino de la solidaridad, de la fraternidad **«innata»** que liga hombre a hombre. Sobre esto se fundó el **«verdadero socialismo»** burgués y prusiano de la época, impotente para ver la exigencia de la actividad revolucionaria, de la lucha entre las clases y de la eversión de las formas burguesas.

Es éste el punto en el que Engels epiloga de nuevo la construcción que conserva el fundamento materialista liberándolo de la traba metafísica y de la impotencia dialéctica, que lo inmovilizaban, por otra vía, en la misma **«glacialidad histórica»** del idealismo, por más revestido que éste hubiese aparecido de voluntad y de actividad práctica.

Engels reconduce la clarificación del problema a la formación de las figuras del pensamiento desde los pueblos primitivos. Aquí sólo podemos espigar, para los fines de un ángulo más agudo, mientras sería útil para el movimiento integrar y ampliar (e indudablemente lo proveerá el futuro) especialmente en los trasposos en los que Engels confronta su deducción con las aportaciones de las distintas ciencias positivas.

«La cuestión de la relación entre el pensamiento y el ser, el espíritu y la naturaleza... podía ser planteada en su forma más cortante, podía adquirir por primera vez toda su importancia, cuando la sociedad europea se despertó del largo sueño del Medievo cristiano. La cuestión: ¿Qué es lo primordial, el espíritu o la naturaleza? –esta cuestión se agudizó, así, frente a la Iglesia: ¿Ha creado Dios el mundo, o el mundo existe desde la eternidad?»

«Esta cuestión, que en las distintas épocas se escribe en términos diversos, divide con las dos respuestas a los dos campos: materialismo e idealismo. Quien considera a la naturaleza (el ser) como primordial, es materialista, quien considera al espíritu (al pensar) es idealista. Pero entonces se necesita el acto creativo, y es notable resaltar aquí la apreciación marxista del idealismo con esta drástica observación: “esta creación está a menudo entre los filósofos, por ejemplo en Hegel, aún más *enredada* e imposible, que en el cristianismo”».

Esclarecida esta separación de los dos grupos de filósofos, no acaba la cuestión de las relaciones entre pensamiento y ser ¿Son estos extraños o compenetrables? ¿Puede el pensamiento de los hombres conocer y describir plenamente la esencia natural? Hay filósofos que han contrapuesto y separado los dos elementos: el objeto y el sujeto; entre estos está Kant con su inaferrable «**cosa en sí**». Hegel supera el obstáculo, pero como idealista, o sea, absorbe la cosa y la naturaleza en la Idea, que por consiguiente puede muy bien reconocer y comprender su emanación. Feuerbarch denuncia y combate esto: «**La existencia hegeliana de las “categorías lógicas” antes que existiese el mundo material, no es más que un residuo fantástico de la creencia en un creador ultramundano**». Esto no sirve más que para la tarea de demolición crítica.

En una clara exposición, Engels, le reprocha a dicha actitud, además de no haber sabido ir más allá de recorrer la cultura alemana, la incapacidad para entender la vida de la sociedad humana como un movimiento y un proceso incesante, al que Hegel ya había puesto las bases. Tal concepción anti-histórica condenaba al Medievo como una especie de paréntesis inútil y oscuro (una apreciación análoga deben hacer los marxistas del reciente enfoque insensato de la lucha y de la crítica antifascista y antinacista) y no sabía insertar en su lugar las causas y los efectos, discernir los grandes progresos y las inmensas aportaciones al curso futuro.

«**Todos los progresos realizados en las ciencias naturales les sirvieron solamente como argumentos demostrativos contra la existencia del creador**»... «**Esos merecían el escarnio que les fue lanzado a los primeros socialistas reformistas franceses: ¡Entonces, el ateísmo es vuestra religión!**».

DRAMA Y ACTORES

Prosigue la presentación orgánica de la doctrina materialista histórica, quizás la mejor que jamás se haya escrito. Se da el paso que Feuerbarch no osó dar: sustituir «**el culto del hombre abstracto**» con «**la ciencia del hombre real y de su desarrollo**».

histórico».

Con esto se retorna un momento a Hegel: él había instaurado (no descubierto) la dialéctica, pero para él era «**la evolución autónoma del concepto**». En Marx deviene «**el reflejo en la conciencia humana del movimiento dialéctico del mundo real**». Como en la célebre frase, viene enderezada y apoyada sobre los pies, no sobre la cabeza.

Comienza el tratamiento de la ciencia de la sociedad y de la historia con el método que coincide con el aplicado a la ciencia de la naturaleza. Pero nadie ignora los caracteres de este «**campo**» particular de la naturaleza, como es el vivir de la especie humana. Urgiendo llegar a las «**respuestas**» engelsianas, reproducimos sólo algunos pasajes esenciales. «**En la naturaleza hay agentes inconscientes... por el contrario en la historia de la sociedad los que actúan están dotados evidentemente de conciencia, hombres que actúan con reflexión o pasión que tienden a determinados objetivos... Pero esta intención sea como sea de importante para la indagación histórica, especialmente de épocas y acontecimientos dados, nada puede quitarle al hecho de que el curso de la historia está dominado por íntimas leyes generales... Sólo raramente acontece lo que ha acontecido... todos los choques de las innumerables voluntades y acciones individuales conducen a un estado de cosas que es absolutamente análogo al imperante en la naturaleza inconsciente. Los objetivos de las acciones son deseados, pero los resultados que producen estas acciones *no son los deseados*, o, en cuanto parecen corresponder al objetivo deseado, tienen de hecho en conclusión *consecuencias distintas* de las deseadas... Los hombres hacen *su propia historia*, pero como esta salga, mientras cada uno persigue sus propios fines... los resultados de estas múltiples voluntades que actúan en distintas direcciones y de sus múltiples acciones sobre el mundo externo, son precisamente la historia... Pero si se trata de investigar las fuerzas impelentes que –consciente o inconscientemente, y en verdad muy a menudo inconscientemente– están detrás de los motivos de los hombres *que actúan en la historia*, y constituyen los verdaderos y últimos propulsores de la misma, no puede tratarse tanto de los motivos determinantes *individuales*, aunque se trate de *hombres eminentes*, sino más bien de aquellos que ponen en movimiento a grandes masas, a pueblos enteros, a *clases enteras*; e incluso éstos no momentáneamente, a modo de un fugaz fuego de paja, rápido en encenderse y apagarse, sino como modo de *una acción duradera que corona una gran transformación histórica*».**

Aquí, a la parte filosófica le sigue la parte histórica hasta el

gran movimiento proletario moderno. En este punto se pone fin a la filosofía en el campo de la historia como en el de la naturaleza. **«Ya no tiene importancia imaginar nexos en la mente, sino descubrirlos en los hechos».**

LÍMPIDOS ORÁCULOS

Recordad las cuestiones, y escuchad las respuestas, no oscuras y no ambiguas como los del oráculo antiguo, sino transparentes, como confirmación de nuestras posiciones.

En la última cuestión referida, de 1890.

«El momento que en última instancia es decisivo en la historia, es la producción y la reproducción de la vida material». «La situación económica es la base, pero los distintos momentos del edificio –formas políticas de la lucha de clase y sus resultados, constituciones fijadas por la clase victoriosa tras las batallas vencidas, formas del derecho, e incluso los reflejos de todas estas verdaderas luchas en los cerebros de los participantes, teorías políticas, jurídicas, opiniones religiosas, y su ulterior desarrollo en sistemas dogmáticos– *todo esto ejerce también su influencia* sobre la marcha de las luchas históricas, y en ciertos casos les determina la forma. Está en la influencia recíproca de todos estos momentos (= factores) que, a través del número infinito de *accidentalidad...* se realiza finalmente el movimiento económico».

A la primera pregunta de la carta de 1894 sobre la influencia *causal* de las condiciones económicas: **«Como condiciones económicas, que consideramos base determinante de la historia de la sociedad entendemos el modo con el cual los hombres producen sus medios de existencia e intercambian sus productos (mientras exista división del trabajo). Toda la técnica de la producción y del transporte está por consiguiente comprendida... Esto determina la división de la sociedad en clases, las condiciones de dominación y servidumbre, el Estado, la política, el derecho, etc.».**

«Si, como ella dice, la técnica depende en grandísima parte de la ciencia con mayor razón ésta depende de las condiciones y de las exigencias de la técnica... Toda la hidrostática (Torricelli, etc.) fue generada por la necesidad que Italia padeció en los siglos XVI y XVII de regular los cursos de agua que descienden de las montañas» (ver los diversos escritos de Programma Comunista sobre la precocidad de la empresa agrícola capitalista en Italia, y sobre la degeneración de la técnica de defensa hidráulica moderna en la inundación de Polesine).

En el párrafo c) de la segunda pregunta: el momento representado *por la raza*, demos el único dicho breve y sentenciosamente ardiente (*a hilar*): «**La raza es un factor económico**». ¿No habíais oído: producción o reproducción? La raza es una cadena material de actos reproductivos.

Y finalmente el párrafo b), que se refiere a la *burla*, y con el mismo dejamos al magnífico Federico.

«**Los hombres hacen su propia historia, pero hasta ahora no con una voluntad general y según un plan general, ni siquiera en una dada sociedad limitada. Sus aspiraciones se contradicen: y en toda sociedad de este tipo prevalece, precisamente por esto, la necesidad, de la que la accidentalidad es el complemento y la forma de manifestación. Y entonces aparecen los llamados grandes hombres. Que un dado gran hombre, y precisamente él, surja en aquél determinado momento y en aquél determinado lugar, es naturalmente una pura casualidad. Pero, si nosotros lo eliminamos, enseguida hay la petición de un sustituto, y este sustituto se encuentra, (mejor o peor), pero a la larga se encuentra. Que Napoleón fuese precisamente este corso, este dictador militar que la situación de la República francesa, extenuada por las guerras, hacía necesario, es una pura casualidad, pero que a falta de Napoleón *habría habido otro para ocupar su puesto*, esto está probado por el hecho de que cada vez que hubo la necesidad siempre se encontró al hombre: César, Augusto, Cromwell, etc.**».

¡Marx! Engels escuchaba muy bien el grito de la platea: el certificado de servicio también para él: Thierry, Miguet y Guizot escribieron historias inglesas inclinándose hacia el materialismo histórico, Morgan llegó por su cuenta, «**los tiempos estaban maduros y aquél descubrimiento debía ser hecho**». Esta vez el subrayado no es nuestro.

E incluso en una nota en el texto Ludwig Feuerbarch, Engels dice: Marx era un genio, nosotros solamente talentos. Sería deplorable que por toda la demostración alguien no hubiese comprendido las fuertes diferencias que existen entre hombre y hombre tanto por la fuerza de los músculos, así como por el potencial de la máquina–cerebro.

Pero el hecho es que, habiendo liquidado como máximo ejemplo precisamente al shawiano «**hombre del destino**», no podemos ilusionarnos con habernos quitado de entre los pies a los «**tontos del destino**», pobres auto–candidatos a llenar el vacío, que la historia habría dispuesto para ellos, y llenos de preocupación por la eventualidad de faltar a la cita, y cubrirse de gloria.

HOY

CORREO RECIENTE

Se ajusta con el argumento de una carta dirigida a una compañera obrera que, excusándose injustamente de una exposición imperfecta, supo plantear la cuestión de modo muy expresivo. Reproducimos el texto de parte de la respuesta.

Tú escribes: «**dices bien que un marxista debe defender los principios y no a los hombres... nosotros decimos que los hombres no cuentan y les dejamos fuera. ¿Pero hasta qué punto se puede hacer esto? ¿Existen los hombres que determinan en parte los hechos? Si los hombres son en parte la causa que determinó el desbarajuste, nosotros no podemos olvidarlos del todo**». No se trata para nada de un modo tambaleante de llegar a la cuestión; es más, ofrece una vía muy útil para hacerlo.

Los hombres para nosotros tampoco se reducen, desde protagonistas que crean o recitan, a marionetas cuyos hilos son movidos... por el apetito. Sobre la base de la comunidad de clase se tienen grados y estratos diversos y complejos de disposiciones para realizar, y tanto más de capacidad para captar y exponer la teoría común.

Pero el hecho nuevo es que a nosotros no nos son indispensables, como a las revoluciones precedentes ni siquiera con la tarea de símbolos, hombres predeterminados, con una determinada individualidad y nombre.

INERCIA DE LA TRADICIÓN

El hecho es que, precisamente, en cuanto que las tradiciones son las últimas en desaparecer, muy a menudo los hombres se mueven por la solicitud sugestiva de la pasión por el Jefe ¿Entonces, por qué no «**utilizar**» este elemento, que se entiende que no muta el curso de la lucha de clase, pero puede favorecer la formación, la precipitación del choque?

Ahora bien, nos parece que el jugo de las duras lecciones de tantos decenios sea éste: renunciar a remover a los hombres y a vencer a través de los hombres no es posible, y precisamente nosotros, la izquierda, hemos sostenido que la colectividad de hombres que lucha no puede ser toda la masa o la mayoría de la misma, debe ser el partido no *demasiado grande* y los círculos de vanguardia en su organización. Pero los *nombres* con gancho han arrastrado hacia adelante por diez, y después arruinan por mil. Por

consiguiente frenamos esta tendencia y en cuanto sea posible, en la práctica, la suprimimos, no por cierto *a los hombres*, sino al Hombre con aquél Nombre dado y con aquél dado currículum vitae...

Conocemos la respuesta que sugiere fácilmente a los compañeros ingenuos. LENIN. Bien, es cierto que después de 1917 *ganamos* muchos militantes para la lucha revolucionaria porque se convencieron que Lenin había sabido hacer y hecho la revolución: *vinieron, lucharon y después profundizaron mejor nuestro programa*. Con este expediente se han movido proletarios y masas enteras que quizás habrían dormido. Admitido ¿Pero y luego? Con el mismo nombre se va haciendo palanca para la total corrupción oportunista de los proletarios: Hemos sido reducidos hasta tal punto que la vanguardia de la clase está mucho más atrás que antes de 1917, cuando pocos conocían aquél nombre.

Entonces, decimos que en las tesis y en las directrices establecidas por Lenin se resume lo mejor de la doctrina proletaria colectiva, de la política real de clase; pero que el nombre como nombre tiene un balance pasivo. Evidentemente se ha exagerado. Lenin mismo, de halagos personales estaba hasta las narices. Sólo son los hombrecillos insignificantes los que se creen indispensables para la historia. Lenin se reía como un niño escuchando tales cosas. Era seguido, adorado, y no comprendido.

¿Hemos conseguido darte la idea de la cuestión en estas pocas palabras? Deberá llegar una época en la que un fuerte movimiento de clase tenga la teoría y la acción correctas sin explotar simpatías de nombres. Creemos que llegará. Quien no nos cree sólo puede ser un desconfiado de la nueva visión marxista de la historia, o peor aún, un jefe de los oprimidos a sueldo del enemigo.

Como puede verse el efecto histórico del entusiasmo por Lenin no lo hemos colocado en el balance con el efecto nefasto de los miles de jefes renegados, sino que con los efectos negativos del nombre mismo, hemos descendido sobre el terreno insidioso del: *si Lenin no hubiese muerto*. También Stalin era un marxista con las cartas en regla y un hombre de acción de primer orden. El error de los trotskistas es el de buscar la clave de este grandioso trastorno de la fuerza revolucionaria en la sapiencia o en el temperamento de hombres.

FIGURAS DE LA ACTUALIDAD

¿Por qué hemos llamado a la teoría del gran hombre teoría del títere?

Títere (Battilocchio) es un tipo que llama la atención y al mismo tiempo revela su absoluta vaciedad. Alto, descoyuntado y chepudo

para ocultar un poco la cabeza bamboleante y atónita, el paso inseguro y oscilante. En Nápoles les llaman *battilocchio*, refiriéndose al parpadeo del desorientado y del filisteo: en Bolonia, para escapar al defecto de localismo, le gritarían títere.

La historia y la política contemporánea de esta fecha de 1953 (en la que todo se resiente del hecho general y no accidental de que una forma semiputrefacta no consigue reventar al capitalismo) está circundada por constelaciones de (títeres) *battilocchios*.

El propio marasmo de tal fase difunde entre masas admiradas y calcadas la convicción absoluta de que a los unos y a los otros sólo se les deba mirar, que se trata por todos los lados de los *battilocchios* (títeres) del destino, y que sobre todo el cambio de la guardia en el cuerpo *battilocchio* sea el *momento* (¡pobres de nosotros, o de Federico!) el que determina la historia.

Entre los jefes de Estado, por la absoluta ausencia de toda nueva consigna e incluso de toda pose original, hay un terceto infalible: Franco, Tito y Perón. Estos campeones, estos Oscar de belleza histórica, han empujado al *nec plus ultra* el arte supremo: hacer desaparecer todas las connotaciones ¡Algo muy distinto a las narices dinásticas: que ojos de águila!

¡En cuanto a las buenas almas de Hitler y Mussolini, el primero hace pensar en un estado mayor formidable no de *battilocchi* (títeres) que lo rodeasen, elevados por tanto grado de criminales, que no sólo hacían historia, sino que usaban violencia carnal sobre ella según su propio placer! El segundo se hace perdonar por el estrato inefable de *subbattilocchi* (*subtíteres*) que lo envainaba, y que ha hecho el cambio de guardia, en 1944–45, en una fila–muchedumbre de productores de firmeza, hoy delicia nuestra.

Una terna bellísima que alinea no en el espacio sino en el tiempo, con la prueba probada de que cada sucesión por muerte o por la elección produce efecto histórico medido por cero curso cero, es la Delano, Harry, Ike. Las fuerzas americanas que ocupan el mundo justificarían la definición de este período como la *caída* de los *battilocchi* (títeres).

DESCOLORIDOS DIADOCOS

Una constelación no menos expresiva del presente estadio, nos viene dada por los jefes nacionales recientes y actuales, y a menudo drásticamente desplazados, de los países y de los partidos que se unen a Rusia, y no se sabe dónde descubrir mejor a los *battilocchi* (títeres), si en el fondo en Balcania o entre las faldas de Mariana. Cuando murió Alejandro el grande, el imperio macedonio que se había extendido a dos continentes, fue fragmentado en Estados menores confiados a sus distintos generales, que en un largo ciclo

desaparecieron sin dejar rastro. Quien recordase los nombres, nos aportaría muchos puntos en hechos de historia.

Entonces, cuando la historia llama al gran hombre lo encuentra. Puede suceder muy bien que lo encuentre con una cabeza con bajo potencial. Pero cuando llama a *battilocchi* incluso puede suceder que el puesto esté cubierto por hombres de valor. No estamos tratando de llamar tonto a nadie.

El hecho es que, en Italia por ejemplo, el concurso abierto para las grandes personalidades se refiere a puestos ya ocupados por colosos históricos. Se trata, efectivamente, de recitar la parodia de una tragedia que ya tuvo su desenlace solemne. Con ocasión del sesenta cumpleaños de Togliatti, y con un ceremonial bajamente conservador, tras haber reproducido ampliamente su currículum vitae y sus escritos, han llegado a la definición en síntesis: *un gran patriota*.

La contrafigura ya está vacía desde hace un siglo, y ofrece pocas esperanzas de grandeza no burlesca. La historia ha encontrado ya a sus héroes, sin buscar mucho. Mazzini, Garibaldi, Cavour, y tantos otros, no descenderán del pedestal. A decir verdad, de patria queda muy poca, pero de patriotas tenemos una espuerta. El autobús de la gloria revolucionaria está al completo. Esto no difama las cualidades del sujeto actual: sus escritos que han sido resumidos desde 1919 (cuando se cometió el error de no dedicarles la atención debida) le honorifican: no ha dejado nunca de ser un marxista, ya que nunca había llegado a serlo. Entonces sostenía lo que sostiene hoy, la misión de la patria. Si queréis, un Grandísimo patriota: como *una grandísima* diligencia en la época del electrotren y del avión a reacción.

Si, tras haber debatido sobre Lenin, no hemos dado apuntes de Stalin, desaparecido hace poco, no es por temor a que después de una expedición punitiva nuestro *scalp* vaya a adornar el mausoleo, praxis para la que existe buena esperanza de llegar. Stalin es todavía el vástago de un férreo ambiente anónimo de partido que construyó bajo impulsos históricos no *accidentales* un movimiento colectivo, anónimo, profundo. Son reacciones de la base histórica, y no casos fortuitos de la baja carrera hacia el éxito, las que determinan el giro a través del cual en una llama termidoriana la formación revolucionaria debía quemarse a sí misma, y si bien un nombre puede ser un símbolo incluso cuando una persona no cuenta nada para la historia, el nombre de Stalin queda como símbolo de este extraordinario proceso: la fuerza proletaria más potente plegada esclava a la revolucionaria construcción del capitalismo moderno, sobre la ruina de un mundo atrasado e inerte.

La revolución burguesa debe muy bien tener un símbolo y un nombre, por más que también ésta esté hecha, en última instancia, por fuerzas anónimas y relaciones materiales. Es la última revolución que no sabe ser anónima: por eso la recordamos romántica.

Nuestra revolución es la que aparecerá cuando ya no existirán estas prontas genuflexiones hacia personas, hechas sobre todo de vileza y de extravío, y, que como instrumento de la propia fuerza de clase tendrá un partido fusionado en todos sus caracteres, doctrinales, organizativos y combatientes, al que no le limite nada, ni el nombre ni el mérito del individuo, y que le niegue al individuo conciencia, voluntad, iniciativa, mérito o culpa, resumiéndolo todo en su unidad con delimitaciones cortantes.

MORFINA Y COCAÍNA

Lenin tomó de Marx la definición, combatida por muchos como banal, de que la religión es el opio del pueblo. El culto de la entidad divina es pues la morfina de la revolución, con la que atormenta a las fuerzas actuantes; y no por nada en el luto reciente por Stalin se ha rezado en todas las Iglesias de la URSS.

El culto al dirigente, de la entidad y persona no ya divina, sino humana, es un estupefaciente social aún peor, y nosotros los definiremos como la cocaína del proletariado. La esperanza en el héroe que inflame y conduzca a la lucha es como la inyección de simpamina (fármaco que estimula el sistema nervioso); los farmacéuticos han encontrado el término adecuado: heroína. Tras una breve exaltación patológica de energías, sobreviene la postración crónica y el colapso. No existen inyecciones para ponerle a una revolución en liquidación, a una sociedad torpemente embarazada de dieciocho meses, y aún infecunda.

Arrojemos el recurso vulgar de extraer éxitos del nombre del hombre de excepción, y gritemos: otra fórmula del comunismo: es la sociedad que ha desechado a los títeres.

(1) Estaba traducido y publicado en El Comunista nº 28, con el título de Burlón en la Historia.

